

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Reseña del documental *Flores de la llanura*
(dir. Mariana Xochiquétzal Rivera, México,
2021, 19 min)

GLENDIA ZOÉ LIZÁRRAGA NAVARRO
RAÚL ROJAS ALARCÓN

Más de una vez hemos escuchado que un buen discurso artístico, sea literario, pictórico, musical o cinematográfico, es aquel que ofrece nuevas perspectivas en cada visita. Sin afán de emitir juicios de valor, corroboramos esa afirmación con el cine-documental *Flores de la llanura*, que en breves 19 minutos ofrece cada vez nuevas vías de entendimiento.

En esta obra, “el hilo nos conecta” y el hilo nos conduce a través de un tejido que hilvana discursos que se desenvuelven de manera paralela—visual, verbal y auditiva— y nos ofrecen una significación compleja que, sin dejar de recordarnos nuestro papel como espectadores, nos apela también como parte de un tejido social más amplio y diverso, pero con puntos comunes y urgentes.

Es precisamente en este sentido en donde el carácter etnográfico

del documental se hace presente, no sólo desde su enfoque o método, sino tal vez también desde la concepción más esencial de la etnografía como un proceso humano de intercambio e interacción que lleva a cuestionarse a uno mismo como observador, entrevistador y, en este caso, como espectador.

El cortometraje muestra al hilo como un universo de acción, una cosmovisión que poseen y emplean las protagonistas no sólo para insertarse, sino también para reafirmarse como parte de una comunidad; para unir sus caminos y sus sentires en el duelo, como individuos, pero sobre todo como grupo, en donde cada una desempeña un rol irremplazable, como nos dejan ver a partir de sus conversaciones y de su actuar.

El género documental con enfoque etnográfico en el cine nos permite atestiguar cómo el “estar ahí” implica un conjunto complejo de reflexiones en torno a la concepción del mundo que tanto los personajes como los espectadores tienen. De manera particular, en *Flores de la llanura* la cámara es todo el tiempo un observador silencioso y fami-

liar, que retrata con nitidez tanto la observación como la participación que el equipo de producción tuvo al registrar las emociones, el conocimiento y la vida de este grupo de mujeres.

El hilo se nos presenta como el protagonista de este cortometraje, que a su vez desenmaraña lo protagónico del resto de los personajes: Silvia, Yesenia, las integrantes del colectivo Suljaa, el universo del tejido y toda una cosmovisión que, a través de la memoria de las abuelas, se construye en torno a éste. Resulta sobresaliente que en tan corto tiempo, como mencionamos líneas arriba, cada personaje alcanza a desplegar su propia trama: en primera instancia, la violencia sistemática contra las mujeres; el dolor de un deceso y cómo las dolientes construyen en torno a la pérdida una red, o más bien, un tejido de apoyo. Segundo, el carácter documental del cortometraje a través de breves pero muy precisas revelaciones de la consolidación de esas redes, y de cómo el tejido es una amalgama social fundamental en la vida de las mujeres desde edades tempranas. Por último, la muestra de que el hilo y el tejido son también conductores de una construcción del mundo, como se pone de manifiesto al afirmar que “el tejido imita los movimientos del mar, por eso sabemos que el mar es mujer”.

Flores de la llanura es ante todo un producto bello en lo que toca a los sentidos, pero también en lo relativo al discurso. A través de la imagen, de la palabra y del sonido constru-

ye una narrativa íntima, donde la ternura se impone incluso en la denuncia de hechos que violentan a sus personajes. En forma y fondo, se muestra constantemente como resultado de la creatividad, del intelecto, de la sensibilidad y del talento de una mujer que la vez hace parte del tejido de apoyo que nos muestra en este trabajo.

Mención aparte amerita el sonido, otro de los discursos protagónicos de *Flores de la llanura*, que bien constituye un registro etnográfico. Los sonidos de la naturaleza, la lengua, el llanto, la respiración, nos acercan y nos exponen al contexto de las protagonistas. Es una descripción sonora que, más que acompañar a la imagen o al diálogo, revela elementos clave para entender cómo piensa y siente esta comunidad de mujeres, una comunidad que puede parecer ajena a nuestros grupos urbanos de las grandes metrópolis, pero en la que, gracias a este registro, podemos encontrar coincidencias con la forma de organización que diversos y numerosos grupos de mujeres realizan en otras latitudes.

La música hace su aparición a manera de hilo que conduce a un rito poético, en el que podemos apreciar cómo se recrean y se transmiten los saberes. Además, llaman la atención las breves manifestaciones musicales canónicas, coincidentes con las escasas apariciones masculinas; así, hace las veces de complemento de un diseño sonoro que apuesta principalmente por los sonidos incidentales y ambientales, ofreciéndonos un pai-

saje sonoro que ancla al espectador en la historia y en la geografía.

Por su parte, la voz humana cobra un papel central en el plano sonoro por su armonía inherente. El instrumento musical primordial, el único que es del dominio común de la humanidad, muestra modestamente sus alcances: el timbre sutil de la narradora, la melodía propia de un sistema lingüístico —el ñomdaa— que explota la musicalidad, es decir, la tonía, como recurso de la significación, con un ritmo como si se tratara de una conversación, con sus discontinuidades y reformulaciones característicos, que abarca con precisión los tópicos más salientes en una situación comunicativa. Así, con la cadencia propia de una composición musical, conectan, como el hilo, a la hablante con su audiencia.

Expuestos los factores que nos resultan más prominentes en este cine-documental, volvemos a la cualidad que apuntamos al principio:

cada visita a *Flores de la llanura* ofrece nuevas posibilidades. Aunque transcurre ágilmente, su transcurso es una y otra vez contundente, de forma tal que los 19 minutos de duración causan la sensación de ser sólo cinco, y eso es, quizás, un efecto intencional de la autora y su equipo. Ese transcurso constituye una inmersión breve pero muy intensa en una cosmovisión, en el duelo, y en un problema alarmante que nunca abandona la trama, que apela a los sentimientos a través de la pérdida y la ausencia. Todo esto sin necesidad de recurrir a lo perturbador de las cifras y de lo explícito a las que nos hemos acostumbrado. En esta inmersión tan profunda, los créditos corroboran un final que llega por sorpresa y esto es, tal vez, también un factor intencional que nos recuerda que no siempre hay un cierre, que la vida sigue, que “seguimos tejiendo nuestro destino”.